

Newton Compton Editores

Título original: *The Sunshine Girls*

© 2022, Molly Fader

© 2024, de la traducción por Marta Cueva Camblor

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-80-4

Código IBIC: FA

DL: B 21.218-2023

Composición:

Sergi Godia

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en mayo de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Molly Fader

Amigas para siempre

Traducción de Marta Cueva Cambor



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

A mi madre

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Clara

Greensboro, Iowa
2019

Estaba lleno de lirios. Clara no era una experta en cuanto a flores ni funerales, pero era como si una floristería especializada en lirios se hubiera plantado en la sala azul de la Funeraria Horner.

Era lo que sucedía cuando todo el mundo te adoraba. Te incineraban bajo una montaña de tus flores favoritas (en este caso, lirios *stargazer* de sensual interior rosado y un polen que daba alergia) antes de incinerarte realmente.

Y el hecho de que Clara Beecher fuera alérgica a las flores favoritas de su madre era una putada de dimensiones cósmicas.

—¡Clara! —La señora Place, su profesora de inglés de secundaria, la cogió de las manos entre sus huesudos dedos. No había cambiado nada. Era el tipo de mujer de setenta años con el aspecto de una de cincuenta que esperaba a que el tiempo la alcanzase—. Tu madre estaba muy orgullosa de ti. Tú y tu hermana erais la razón de su orgullo y su felicidad.

—Es usted muy amable —respondió Clara, plenamente consciente de que su hermana Abbie estaba en el otro extremo de la sala haciendo el tipo de cosas que enorgullecerían a una madre.

—En el club de lectura no hacía más que hablar de ti y del importantísimo trabajo que haces en la ciudad y, bueno, no entendía casi nada de lo que decía —dijo la señora Place. El trabajo de Clara no tenía ninguna complicación, su madre se limitaba a mentir sobre él: como buena *exhippie* que era, se libraba de decir las palabras «mi hija es una sierva del capitalismo»—. Pero se notaba que estaba orgullosísima de ti.

Clara liberó su mano a tiempo para coger un pañuelo de una de las cajas que había por toda la sala y llevárselo a la nariz, que le goteaba por la alergia.

–Gracias –respondió a través del pañuelo.

–Todos echaremos de menos a Betts –dijo la señora Place–. Muchísimo. En esta ciudad no había nada en lo que no estuviera involucrada. La iglesia, la biblioteca, la comisión del parque, los jardines comunitarios...

Como una especie invasora. La invitabas a algo y enseguida estaba ella llevando la batuta.

«El dolor te hace fuerte». Podría haberlo dicho perfectamente su madre. Si no estuviera muerta.

La sala azul de la Funeraria Horner era asfixiante y estaba abarrotada de gente que venía a dar el pésame por una de las ciudadanas más queridas de Greensboro.

BettyKay Beecher había vivido sus años de adultez en aquella pequeña ciudad y ahora todos sus habitantes habían ido a rendirle homenaje vestidos con su ropa de los domingos y cargados de guisos, tarta de queso y los mejores recuerdos de ella.

«Estuvo con mi padre cuando él se estaba muriendo».

«Nos ayudó con el papeleo del seguro cuando nuestro hijo sufrió aquel accidente».

Todos lloraban. En la sala, en los pasillos e incluso en los aparcamientos, sentados en los coches. Lloraban lágrimas sinceras, sollozando en las esquinas, con la espalda curvada. Pero lo único en lo que Clara era capaz de pensar era: ¿Lo sabían? ¿Había desvelado su madre a toda la ciudad el secreto que había ocultado a sus hijas durante casi cuarenta años? ¿Aquella bomba, el oscuro y devastador secreto que le había soltado exasperada y furiosa a Clara durante su última llamada por teléfono?

De haberlo sabido, ¿habrían llorado igual?

Clara estornudó.

–¡Ay, cariño, Jesús! –exclamó la señora Place.

–Solo es alergia.

Clara dobló el pañuelo antes de guardarlo en uno de los bolsillos de su nuevo traje de Marco Zanini negro con un forro de seda

azul cielo ceñido a la cintura por un fajín. Había pensado que el forro era demasiado excesivo para un funeral, pero eso era antes de ver aquellos lirios.

Por no hablar de todos los hombres que habían llevado prendas de camuflaje. A un funeral. ¿Acaso se iban a ir de caza después?

—Ahora estará con tu padre. Ojalá eso te sirva de consuelo.

—Sí, gracias.

Como siempre en Greensboro, Iowa, mentir era algo muy fácil.

Enseguida se acercó otra persona con otra historia sobre Betty Kay Beecher.

—¿Esa es tu hermana? —preguntó, señalando hacia el lado opuesto de la sala, después de haber compartido una anécdota sobre el tiempo que habían pasado juntas en el Cuerpo de Enfermeras del Ejército—. ¿Abbie?

Abbie estaba rodeada de sus amigos de la infancia —quienes también habían sido amigos de la infancia de Clara, aunque eso no importaba—, que continuaban llevándole tazas que, como era de esperar, no contenían café. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes, estaba medio borracha, lloraba y abrazaba a la gente y pasaba olímpicamente de los lirios.

—Sí. Esa es mi hermana —respondió Clara, conduciendo a la mujer en la dirección en la que se encontraba Abbie sin sentirse mínimamente mal por ello—. Le encantará escuchar tu historia.

Tres años antes, estaban en la misma sala llorando por su padre, Willis Beecher. Era duro estar en casa y no verlo en ninguna habitación. Era incapaz de beber ron o té Constant Comment sin acordarse de él. El olor a pachulí hacía que se le saltasen las lágrimas. Al sollozar, se le formó un nudo en la garganta y de pronto sus rodillas cedieron. Apoyó una mano en la mesa para no caerse al suelo.

«Soy una huérfana. Abbie y yo... somos huérfanas».

Era una mujer adulta. Una abogada corporativa (cruzaba los dedos, aspirando a convertirse muy pronto en una socia minoritaria) que cobraba setecientos dólares la hora. Tenía un apartamento en Lakeshore y una mujer maravillosa que la amaba. Abbie tenía dos hijos, un marido desde hacía veinticinco años y trozos de

bizcocho de limón casero guardados en el congelador que podía sacar y recalentar en caso de que alguien se pasase por su casa a tomar un café. Estaban bastante lejos de ser huérfanas.

Pero no podía quitarse ese pensamiento de la cabeza.

Vio la puerta lateral y salió.

El viento gélido que soplaba a través de las tierras de cultivo hacia el oeste, llevando consigo el olor a patatas fritas y a hamburguesa de la cadena de comida rápida The Starlite Room, la empujó contra la pared, haciendo que la mezcla de algodón y seda de su traje se enganchara a los ladrillos amarillos.

Los primeros días de marzo estaban siendo fríos, demasiado fríos como para estar al aire libre sin chaqueta, pero aquel tiempo la despertó. La primavera aún no había llegado a Iowa y los campos de maíz seguían marrones, esperando, como todo lo demás en Greensboro, a que la última ventisca llegase con fuerza desde las dos Dakotas.

Su teléfono móvil empezó a vibrar. Pero lo dejó donde estaba.

La Funeraria Honer estaba al otro lado de la ciudad respecto a la Universidad de Greensboro y apenas se podía ver la torre blanca del reloj de la Escuela de Enfermería de St. Luke's por encima de los árboles. La universidad había tenido las banderas izadas a media asta durante toda la semana. Un bonito detalle, teniendo en cuenta que su madre había sido estudiante, profesora y, durante los últimos veinte años, administradora.

Cerró los ojos y dejó que el viento hiciera su tarea.

–Hola.

Clara vio a su hermana apoyarse en el muro, a su lado. Olía a vainilla y a pinot gris.

–Hola –respondió ella, aún con los ojos cerrados.

–Los lirios...

–Sí.

–¿Estás bien?

Clara emitió un sonido que no era ni un sí ni un no. Aquel era, en realidad, el sonido exacto del limbo emocional de los eventos de los últimos días.

–Yo tampoco –dijo Abbie–. Es como si... Tengo la sensación

de que me falta algo, ¿sabes? Como si estuviera caminando en la dirección equivocada.

Clara se sentía igual. Ser hija de BettyKay Beecher era una parte de su identidad con la que no siempre se había sentido a gusto, pero ahí estaba.

—¿Dónde está Vickie? —preguntó Abbie, y Clara se estremeció al escuchar el nombre de su novia.

—Le habría encantado estar aquí, pero tenía que ocuparse de un caso en la Corte Suprema de Illinois.

Notó un gesto de duda en Abbie, que quería saber más sobre el asunto.

—¿De verdad tenías que ampliar tanto esa mierda de foto? —preguntó Clara, antes de que Abbie pudiera hacerle más preguntas.

Había fotos de la familia Beecher por todo el edificio de la funeraria. Y Dios sabe por qué su hermana había decidido ampliar desmesuradamente la foto de su madre que aparecía en la contraportada de su libro, *Orad por mí: El diario de una enfermera del Ejército en Vietnam*. En ella, BettyKay era una joven de veintidós años de rostro muy joven y melena castaña en forma de casco que vestía un uniforme verde oliva del Cuerpo de Enfermeras del Ejército de Estados Unidos.

—Porquería.

—¿Qué?

—Fiona se está convirtiendo en un lorito, así que ya no decimos palabrotas. Decimos «caca», «porquería» y «popó».

—Es absurdo.

—Puede. —Clara notó la sonrisa de su hermana en su voz—. Y sí. Lo hice. Me encanta esa foto de mamá. Se la ve tan valiente...

Clara pensó que estaba aterrorizada.

—Max y Fiona no entienden qué ha ocurrido —dijo Abbie—. No paran de preguntar por qué la abuela sigue ahí tumbada.

Clara soltó una risa gangosa como reacción alérgica a las flores.

—Es terrible.

—Denise, la chica del hospital, sigue intentando convencerlos de que le toquen una mano a mamá. Así notarán lo fría que está y lo entenderán.

—¿Qué se supone que entenderán?

—Que está muerta.

—Eso es turbio incluso para la propia Denise.

Ambas se echaron a reír. Fue extraño pero tierno.

—Dice que así podrán despedirse de ella.

Abbie extendió la mano para agarrar la suya. Clara intentó apartarse, pero no pudo.

«Tengo que decírselo», pensó. Una parte de ella quería compartir con ella el peso del secreto, como si volvieran a ser unas niñas. Pero Abbie, que estaba encantada con la reputación que tenía al ser una Beecher en la ciudad, le diría que aquello no era verdad. Que era imposible. Que su madre estaría equivocada, enfadada. O algo así.

Cualquier excusa con tal de que nada cambiase.

Por eso Clara no podía decírselo. Porque Abbie tendría que vivir en aquel lugar junto al recuerdo de su madre. Hacerla partícipe de todo le complicaría la vida.

—Abbie, no te enfades, pero me voy a ir después del recibimiento en la iglesia.

Así. Rápido. Como quitarse una tiritita.

—¿Adónde?

Su expresión lo dijo todo.

—¿A Chicago? Estás de coña.

—Tenemos un nuevo cliente...

—¿Te vas?

Sin querer, Clara vio la mirada furiosa de Abbie y deseó no haberlo hecho. Pudo ver la rabia y el dolor de su hermana y le pareció incluso peor que los suyos.

—Volveré —mintió.

—Gilipollices.

Y eso que no decía palabrotas.

—Abbie...

—¿Sabes? En el fondo era de esperar. Te presentas en el último momento en tu coche con ese traje tan feo...

—¡Oye!

—Y con esos aires de superioridad...

–Pagaré la mudanza.

Abbie inspiró con tanta fuerza que Clara tuvo la sensación de que ya no había oxígeno en el aire.

–¿Podemos no hacer de esto un drama, por favor?

–¿Qué te he hecho, Clara, para que me abandones así, sin más?

El viento empujó con fuerza la puerta lateral, que estaba abriéndose, contra la pared de ladrillos, y el ruido hizo que Clara y Abbie saltaran como si fueran dos adolescentes fumando a escondidas.

Entonces Ben, el marido de Abbie, asomó la cabeza y Abbie dio un paso adelante. Ben era un tipo atractivo, aunque era grandullón. Solía tener un aspecto desaliñado, pero casi siempre estaba sonriendo. A Clara le recordaba a un labrador.

Le daban ganas de acariciarle la cabeza y darle una galletita. Y después gritarle por haber ensuciado la alfombra de barro.

–Ahí estás –dijo.

–Estaba tomando un poco el aire –respondió Abbie, sorprendentemente a la defensiva–. ¿Va todo bien?

–Hay... –Ben miró por encima de su hombro hacia detrás y puso una mueca, entre impresionado y en cierto modo divertido, lo que les llamó la atención a Clara y a Abbie. Después de todo, era el funeral de su suegra. No había nada divertido.

–¿Qué? –preguntó Clara.

–Bueno, creo que es mejor que vengáis y lo veáis con vuestros propios ojos.

Ben sujetó la puerta mientras Abbie y Clara volvían a entrar en la sala abarrotada de gente. Entonces todo el mundo estaba en silencio, amontonados en grupitos en las paredes y en las esquinas, susurrándose cosas de aquella forma tan dolorosamente familiar, tapándose los labios con las manos. Había un camino desde el centro de la habitación hasta la tumba de su madre, donde yacía con los brazos cruzados, su vestido verde favorito y la cara llena de maquillaje.

Había una mujer de pie, enfrente de la tumba. Una desconocida.

Toda ella gritaba a los cuatro vientos que no era de por allí. Llevaba una falda larga negra muy elegante, un par de botines de tacón bajo de piel de gran calidad del mismo color y un jersey

gris (de la colección de cachemira de Ralph Lauren, seguramente; eso, o Clara tendría que comerse sus propias botas) que tenía un cinturón alrededor de su delgada cintura. Tenía el pelo largo y de un rubio platino que a simple vista parecía natural, aunque Clara se habría jugado cualquier cosa a que le había costado bastante tiempo y dinero.

Era como si toda ella... brillase.

—¿Quién es esa?

—¿No sabes quién es? —susurró Ben detrás de las dos hermanas. Su aliento apestaba a una mezcla de café y pastillas para la tos.

Había algo en aquella mujer que le resultaba familiar. Era cautivadora.

—¿Es de la editorial? —le preguntó a Abbie.

—No creo. Nos mandaron una tarta de queso.

—¿Del programa de las mañanas al que a veces iba mamá en Des Moines? ¿Ramona?

—Ramona Rodríguez murió hará cosa de diez años.

Clara conocía a aquella mujer. Pero estaba demasiado abrumada por el funeral de su madre.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿De verdad no la reconocéis? —preguntó Ben—. Es Kitty Devereaux.

Capítulo 2

Clara

Kitty Devereaux era una leyenda del teatro y de la gran pantalla. Una chica Bond. Una modelo conocida por sus ojos azules y su mirada fulminante. Había ganado dos Emmy, además de haber estado nominada a los Óscar. Había salido con Marlon Brando, Rex Daniels, el príncipe de Suecia y el director Hugh Bonnet.

Se había casado en una ocasión, pero se divorció al poco tiempo. Kitty Devereaux.

Solo pronunciar su nombre ya evocaba la belleza bohemia de los años setenta y una rebeldía sexi.

–¿Es una broma? –preguntó Clara.

Abbie sacudió la cabeza, con la boca todavía abierta.

–¿Qué diablos hace Kitty Devereaux en el funeral de vuestra madre? –preguntó Ben. La gente se volvió a mirarlo porque había susurrado en un tono bastante alto–. Joder... es Kitty Devereaux.

Como si no hubiera otras palabras en el mundo para describirla. En realidad, su propio nombre se había convertido en un calificativo para describir a otras mujeres.

«La próxima Kitty Devereaux».

«Tampoco es una Kitty Devereaux».

–Seguro que se trata de un error –terminó diciendo Abbie.

–Ah, sí, se habrá confundido de funeral... ¿en Greensboro, Iowa? –rebatió Ben con otro susurro sonoro.

Había tanto silencio en la sala que se podía oír caer un alfiler. La mirada de Clara chocó con la del señor Reynolds, el de la tienda de alimentación, que llevaba una corbata de camuflaje, y sonrió como si todo fuera estupendamente.

–A lo mejor conocía a mamá y papá –dijo Abbie–. De todas aquellas movidas antibélicas de los setenta.

–¿Y vuestros padres nunca os hablaron de ella? –replicó Ben, por una vez muy observador.

Abbie se volvió hacia su hermana.

–¿Clara?

–¿Qué?

–Venga... –Agitó una mano delante de sus narices–. Haz algo.

–¿Yo?

–Sí, tú.

Abbie le lanzó una mirada severa que le recordó que ella había sido la responsable de todo lo relacionado con el funeral hasta aquel momento. Aquella expresión decía: «Lo mínimo que podrías hacer es ver qué quiere esa chica famosa que acaba de aparecer por sorpresa y que está enfrente del féretro de mamá».

Lo cual era bastante justo.

Se alisó la chaqueta, se sacó del bolsillo el pañuelo arrugado que le afeaba las líneas del traje y se lo tendió rápidamente a su hermana antes de recorrer la alfombra de flores hacia el féretro. Ninguno de los presentes se esforzaba en disimular que estaba mirando.

En cuanto Clara puso un pie sobre la tarima, la mujer se volvió hacia ella y le sonrió como si estuviese dándole la bienvenida a una fiesta para las dos delante del ataúd de su propia madre.

«Joder. Es Kitty Devereaux».

Las revistas de moda la definían como una mujer resplandeciente, y no se equivocaban. Kitty brillaba con una luz sin igual en aquella gran sala de la Funeraria Horner.

–¿Puedo ayudarla en algo? –susurró Clara.

Kitty la estudió de arriba abajo con sus ojos azules de famosa y Clara se sintió expuesta, como si la estrella de cine hubiera sido capaz de ver lo que ocultaba debajo de su traje, lo que había desayunado y hasta el color de la cocina de su casa.

Kitty miraba a Clara como si pudiera verlo todo.

–Bien, entonces –dijo al fin, con un atractivo acento sureño– tú debes de ser Clara.

–Sí, así es. Y usted es Kitty. Digo... La señora Devereaux. Kitty Devereaux.

Su sonrisa era refinada e indulgente, como si le estuviera

concediendo a Clara el privilegio de seguir manteniendo la cabeza pegada al cuerpo después de haber cometido una ofensa criminal.

–Puedes llamarme Kitty.

«Madre mía, qué voz».

En los años noventa, Kitty había interpretado el papel de una mujer soltera en una serie de televisión (su regreso a la gran pantalla después de sus salvajes años setenta y sus tranquilos ochenta), cuya frase estrella era: «No todas las noches son fiesta». Durante una década, todo el mundo repetía la misma frase, tratando de imitar la voz ronca y el ligero acento sureño de Kitty Devereaux.

«No todas las noches son fiesta».

–¿Qué está haciendo aquí? –preguntó Clara. Si Abbie hubiera estado tan cerca como para escucharla, se habría cabreado por el tono de voz que su hermana había utilizado. Pero una abogada es una abogada.

–Dar el pésame. –Kitty se inclinó hacia delante como si ambas estuvieran a punto de compartir algún secreto, y también olía fenomenal–. Sé que ahora mismo no lo crees, pero tu madre estaba muy orgullosa de ti. Vuestra pelea la hizo sentir fatal.

Clara dio un paso hacia atrás y volvió a sentir un ligero mareo por aquellos lirios.

–¿Cómo lo sabe?

–Me lo dijo ella.

–Entonces, ¿conocía a mi madre?

–Así es.

–¿A BettyKay Beecher?

Kitty sonrió.

–Era única e inigualable. Aunque la conocí cuando aún era BettyKay Allen.

Kitty bajó la mirada hacia el féretro. Clara hizo lo mismo y deseó no haberlo hecho.

«Es mi madre».

Su pelo corto y canoso. Sus labios apretados en una línea muy fina, minúscula, sin el alma que la hacía más grande que la vida misma.

–Demasiado maquillaje –observó Kitty–. A tu madre no le habría gustado nada.

Cierto. Demasiado cierto.

–Nada de todo esto le habría gustado –añadió después, llena de una mezcla de dolor y cariño que parecían sinceros.

–Clara –susurró Abbie, acercándose a ellas sobre la tarima–. La gente está sacando el teléfono. El funeral de mamá empezará a circular por internet en menos de tres segundos.

–Señora Devereaux –dijo Clara–, ¿podemos hablar en otro sitio? ¿Qué haces con una estrella de cine como Kitty Devereaux en el funeral de tu madre? ¿Dónde se supone que hay que meterla?

–Ay, tesoro, haz el favor de llamarme Kitty. Devereaux es un producto de mi imaginación.

Sacó algo de su bolso. Después abrió la palma de la mano y mostró cuatro botones rosas.

Abbie volvió a estremecerse y agarró la mano de Clara. Esta vez, su hermana la correspondió.

Porque esos eran los botones.

Eran horriblos. Su madre siempre les decía que eran los botones más feos que se podían encontrar en Greensboro, Iowa, en 1968. Tenían un patrón de grandes círculos concéntricos que parecían pezones obscenos de algún dibujo animado.

Pero ya estaban desgastados. El contorno de algunos círculos ya se había borrado del todo y hacía entrever el plástico del que estaban hechos. Aquellos botones se habían cocido dentro de una barra de pan y se habían cosido a un sujetador. Después se habían colgado de los árboles y encurtido con huevos. Pasaron varias veces de una mano a otra en innumerables bromas pesadas entre su madre y una vieja amiga. Así se refería a ella cada vez que llegaba algún correo o algún paquete a casa. «Una vieja amiga de la Escuela de Enfermería».

–¿Tú? –preguntó Clara.

–Sí. –Kitty hizo rodar los botones entre sus largos dedos moviéndolos con el pulgar, como si se tratara de varias gemas expuestas a la luz–. Eran cinco. Antes de que vosotras dos nacierais.

–Mamá nos lo contó. Había perdido uno.

La sonrisa de un millón de vatios de Kitty vaciló en sus comisuras.
–No lo perdí. Yo los tiré en el pasillo del Chateau Marmont.
–¿El hotel? ¿El de Hollywood? –Clara parpadeó.
–¿Se los tiraste a ella? –preguntó Abbie.
«¿Qué está ocurriendo?»
–Estaba enfadada con ella. Pero, cuando me tranquilicé, fui a por ellos y solo pude encontrar cuatro en aquella alfombra peluda –explicó Kitty.

Kitty introdujo los cuatro botones en el ataúd, que quedaron ocultos bajo la seda de color crema, y luego se inclinó hacia BettyKay, le dio un beso en la mejilla y le susurró algo al oído.

Cuando se incorporó y se giró hacia ellas, Clara volvió a sentir el magnetismo que irradiaba aquella estrella con su presencia. Ni siquiera la luz cutre de aquella funeraria era capaz de eclipsarla.

–¿Cómo es posible? –susurró Clara.

–Ya. ¿Cómo puede ser? –añadió Abbie.

¿Cómo podía ser que BettyKay Beecher, que había nacido en una granja en medio de un maizal en Iowa, y una chica Bond como Kitty Devereaux hubieran llegado a conocerse? ¿Y qué decir de que se hubieran convertido en la clase de amigas que se divertían intercambiándose botones durante décadas?

–Esa –dijo Kitty– es una historia muy larga. ¿Se supone que este es uno de esos funerales sin alcohol o puede una chica tomarse algo?

Capítulo 3

BettyKay

Escuela de Enfermería de St. Luke's Greensboro, Iowa 1967

8 de septiembre de 1967

Mañana toda mi vida va a cambiar. Mamá lleva sin hablarme una semana y papá había quedado en llevarme a la parada de bus después de hacer unos recados, pero no es la primera vez que incumple una promesa. Todd siempre me dice que puedo llamarle, incluso si es a las seis de la mañana, y que me llevará a dar una vuelta. Aunque su padre y él estén a punto de ponerse con la cosecha. Qué tío. No creo que pueda dormir, pero debería intentarlo.

Greensboro, Iowa, era el lugar más bonito que había visto nunca. Bueno, la verdad es que solo había estado en Bluffs, un lugar que contaba con setecientos habitantes, en la granja de Wolff Road y una vez, con mi abuela, en las carreras de perros en Cedar Rapids.

Pero Greensboro era exuberante, con sus bonitos prados verdes bien cuidados y grandes casas de ladrillo a lo largo de Main Street. Los jardines exhibían geranios rojos y ásteres morados. Las rudbeckias y las rosas tardías se mecían con la brisa. Había gente en todas partes, parecía que todos estuvieran entrando o saliendo de sus coches.

Y el sol brillaba en cada centímetro de todo aquello.

La torre del reloj blanca de la Escuela de Enfermería de St.

Luke's y la amplia escalinata de mármol que había debajo de ella estaban resplandecientes. El edificio de ladrillo rojo de tres plantas se extendía como si tuviera alas a ambos lados. Las ventanas eran blancas y estaban abiertas de par en par. Era el edificio más grande e imponente que había visto nunca.

Detrás de la residencia estaba el hospital. Tal y como indicaba el folleto de la escuela, ambos edificios estaban conectados por un túnel. Un túnel de verdad.

El viento cálido de septiembre se levantó y empezó a jugar con el dobladillo de mi nuevo abrigo rosa de lana *bouclé*, que iba a juego con la diadema del mismo color que había confeccionado precisamente para aquel día. Mi madre le había echado un vistazo a lo último de *Vogue* y me dijo que empezaba a tener un aire a sus modelos.

Solo entonces me di cuenta de que aquella diadema era un poco llamativa. La mayoría de las otras chicas iba mucho más informal. Algunas incluso llevaban pantalones pirata y el pelo largo y liso con la raya al medio.

Me la quité y la guardé en el bolsillo, a la vez que me atusaba el pelo despeinado por el viento.

«Puedes hacerlo. Va a ir bien».

El asa de madera de la maleta me había rozado ya varias veces las heridas que tenía en la palma de la mano mientras la cargaba por el campus desde la estación de autobuses, entre todas aquellas casas y coches. Pero la agarré con fuerza, ignoré el dolor y me puse a subir todas mis posesiones por aquellas escaleras de mármol.

El vestíbulo abierto era un hervidero de actividad, con todos aquellos estudiantes de primer curso que llegaban con su maleta a cuestas, acompañados de sus padres. El mármol y la madera de las paredes, el suelo y el techo hacían retumbar sus conversaciones.

Seguramente, mi padre hubiera dicho que eran como gallinas cacareando, pero traté de disipar aquel pensamiento.

Había varias mujeres con portapapeles dando instrucciones y comprobando las cartas de admisión. Tuve que esquivar a una chica que se estaba mirando los pies mientras su madre la conducía por la escalera doble.

Mis padres no habían venido. Era principios de septiembre y el verano había sido seco, por lo que la temporada de cosecha había empezado antes. Como excusa, no estaba mal. Yo había asentido y aceptado las cosas, y la verdad es que por dentro estaba feliz por poder tener ese día para mí sola.

Pero no hacía falta que me vieran tan contenta por dejar la granja.

Me acerqué a una de las mujeres de los portapapeles, que llevaba un uniforme de enfermera, con su cofia blanca y la capa azul inspirado en el que solía llevar Florence Nightingale. Era perfecta, y yo deseaba tener una de aquellas capas con todo mi ser.

–Me llamo BettyKay Allen –me presenté–. De Bluffs, Iowa.

Saqué la carta que me había enviado la escuela hacía unos meses, por si no me creía. O por si pensaba que con el abrigo que me había hecho en casa no tenía nada que hacer en aquel lugar.

–Bienvenida a la Escuela de Enfermería de St. Luke’s –respondió ella, con una sonrisa que reveló dos hoyuelos en sus redondas mejillas–. Se te ve entusiasmada, BettyKay Allen.

–Lo estoy. Mucho.

Mi madre, que era alérgica al entusiasmo, habría detestado aquella reacción.

–Disculpe. –Un hombre que llevaba un sombrero y una camisa de cuadros ceñida al cuello se puso delante de la enfermera, como si yo no estuviese allí. Di un paso atrás para dejarle sitio–. Mi hija es Susan Cundiff. ¿A dónde tengo que llevarla?

–Sí, señor Cundiff. Susan está en la habitación 202. Escalera derecha.

El hombre se alejó, seguido de una chica alta con la espalda curvada.

Como por instinto, enderecé la mía.

–¿Dónde están tus padres? –me preguntó la enfermera, una vez se hubo marchado.

–Ocupados. En la cosecha.

–Iowa en septiembre –dijo, encogiéndose de hombros–. Mi hermana se casó el pasado fin de semana y la mitad de nuestros primos no pudo venir a la ceremonia.

–Pero al menos fueron al convite, ¿no?

—Por supuesto. Esa gente es incapaz de resistirse a un poco de cerveza y tarta. Te toca en la escalera izquierda. Habitación 212.

—¿Ha llegado ya mi compañera de habitación? —le pregunté.

La mujer asintió.

—Katherine Simon. Sí, ya está aquí.

—¡Gracias! —exclamé por encima del hombro mientras comenzaba a subir la escalera que me había indicado.

Mi maleta rígida Samsonite beis había sido un regalo de boda para mis padres. Algún familiar que no los conocía muy bien pensó que podrían irse de viaje. Cuando, semanas antes, mamá la puso sobre mi cama, solo la habían usado una vez: en su luna de miel en Clear Lake.

Ahora que estaba cerca y aquello estaba sucediendo de verdad, me dolían los pies, y el equipaje, que me había parecido ligero durante todo el día, empezaba a pesar. Todas esas cosas que había intentado no llevar conmigo se me agolparon en la boca del estómago y la voz de mi padre comenzó a sonar en mis oídos.

«¿Crees que eres mejor que nosotros? ¿Piensas que eres más que esta granja?».

Me cambié la maleta de mano y seguí hacia delante.

Como los pasillos eran más estrechos que el vestíbulo, parecían mucho más abarrotados. Padres y hermanos curioseaban cerca de las puertas. Fuera de las habitaciones, había baúles repletos de ropa y estudiantes de primer año de Enfermería llorando y diciendo: «¡No hay espacio suficiente! ¿Por qué los armarios son tan pequeños?».

La Escuela de Enfermería de St. Luke's había abierto en 1868 y sus primeras estudiantes habían sido las hermanas, las hijas y las mujeres de los hombres que habían luchado en la Guerra Civil. Aquella historia venía escrita en el paquete de inscripción, junto con las recomendaciones sobre lo que había que llevar y unas advertencias claras sobre el tamaño de los armarios.

Caminé junto al revestimiento de color miel de las paredes, fijándome en los números de latón que había sobre las puertas.

La música de un tocadiscos envolvía el pasillo. Una canción de Joan Báez que no logré reconocer.

–Lo siento –exclamé al tropezarme con una chica de gafas que llevaba una maleta blanda negra y estampada a cuadros. La escuela llevaba cinco años siendo más inclusiva, pero ella era la única estudiante negra en un mar de caras blancas.

–Cuánta gente –dijo ella.

–Y que lo digas –respondí–. No me lo esperaba.

La verdad era que no tenía tanta imaginación como para esperarme todo aquello. Ni siquiera una mínima parte.

–¡Buena suerte! –gritó por encima del hombro.

–¡Igualmente! –respondí mientras aquel mar de gente nos llevaba en direcciones opuestas.

La habitación 212 estaba al final del pasillo, junto al ventanal, y tenía la puerta entreabierta. La música provenía de aquella habitación. La mía.

Siempre había vivido en casa de mis padres. Mi habitación era la de la buhardilla. Las ventanas no cerraban del todo y las paredes estaban cubiertas de un papel de color lila que yo misma había elegido para mi duodécimo cumpleaños. Nunca había ido a dormir a casa de alguna amiga hasta que no cumplí los dieciséis, una edad a la que avergonzaba decir que nunca había pasado una noche fuera de casa. Me gustaba mi cama, mi casa y la sensación de saber que mis padres estaban abajo. Pero ahora que estaba allí, a un paso de la puerta del que iba a ser mi nuevo hogar, reconocía que estaba asustada. Me daban miedo los lugares nuevos. Las personas nuevas. Era tan miedosa como mis padres. Era así por ellos.

Como toda hija única, siempre había soñado con tener una hermanita. O un hermanito. Y no era tan ingenua como para pensar que mi nueva compañera de habitación se convertiría en una especie de hermana para mí. Pero... al menos haría una amiga. Sí.

Vale. Sí que era ingenua al pensar aquello.

«Ojalá le caiga bien».

–¿Hola? –dije en cuanto entré por la puerta.

Había una chica tumbada en una de las camas, leyendo un número de la revista *Movie Life*, con Frank Sinatra y Mia Farrow en la portada. Era una zorra de manual. No había otro modo de describirla. Tenía los ojos azules y una piel tan clara y perfecta que

parecía no haber visto nunca el sol. Sus llamativas cejas oscuras delataban el color real de aquel rubio platino. Estaba descalza y se había subido la falda negra, dejando entrever el borde de sus medias y el enganche de sus ligueros. Me di la vuelta para darle intimidad y que se colocase la ropa.

–Soy BettyKay –me presenté al tocadiscos que estaba posado sobre una cómoda de madera oscura. Se encontraba junto al único escritorio de la habitación, sobre el que reposaba una máquina de coser Singer Touch & Sew nueva. Mucho más bonita y pequeña que la que tenía mamá en casa.

–¿BettyKay? –preguntó ella–. La hija del granjero.

–Sí... –Me reí, incómoda–. La misma.

–Cuántos nombres.

–Son... Ya sabes, me han dado los nombres de mis abuelas.

–¿Betty y Kay?

–Así es.

–¿Tienes un mote o algo?

BettyKay era como me llamaban mis padres y mis amigos de la escuela. El único que me llamaba con un nombre distinto era Todd.

–Betts –respondí–. Algunos me llaman Betts.

–Vale, Betts. ¿Qué esperas, una invitación grabada? –preguntó Katherine con un marcado acento sureño.

Me volví para mirarla a la cara. No se había colocado la ropa ni levantado de la cama. Ni siquiera parecía haber levantado la vista de los cotilleos sobre Mia Farrow y Frank Sinatra.

En lugar de eso, se había limitado a girar la mano sobre el borde de la revista.

–*Entrez-vous* –dijo.

–¿Hablas francés?

–No –respondió, pasando una hoja.

Vale, era dura de pelar.

–Eres de aquí, ¿no? –preguntó Katherine–. I-o-w-a. Se detuvo en cada letra, haciendo de aquella palabra una de cuatro sílabas.

–Mi..., uf... Mi familia tiene una granja a unos cien kilómetros de aquí. –Lo bastante lejos como para que vinieran a visitarme

alguna vez, pero no tanto como para que Todd no pudiera. Puse mi maleta sobre la cama del otro lado de la habitación y abrí los candados—. ¿Y tú eres de...?

—Atlanta —respondió.

—En el este hay muy buenas escuelas de Enfermería —observé—. ¿Por qué has venido hasta Iowa?

—Porque está muy lejos de Atlanta.

Solté una carcajada y eché un vistazo por encima del hombro, pero Katherine estaba seria. Tosí, saqué mi diario y lo metí debajo de mi almohada. Después cogí mi vestido preferido, el azul, y lo colgué en el armario. Y mi falda de sarga favorita y la blusa de poliéster de flores amarillas que compré en Spurgeon's antes de irme. Había traído varios jerséis y otra falda. Unos vaqueros azules. Un jersey negro de cuello alto. Mi abrigo de invierno, un gorro y unos guantes.

Cogí mi ropa interior y mis sujetadores (incluido el que era tipo top, con el que mi madre se había mostrado bastante escéptica), mi faja y mis medias y me las escondí contra el pecho antes de guardarlas rápidamente en el cajón superior de mi cómoda.

—Querida, ¿te has hecho tú ese abrigo? —preguntó Katherine y se levantó de repente, haciendo chirriar la cama. La sentí tirar de la parte trasera de mi abrigo.

—Sí, lo he hecho yo.

Me volví, haciendo que la tela se le resbalase de las manos. Después cogió uno de los grandes botones rosas que había comprado en el Ben Franklin. Había tres en el abrigo.

—Demasiado rosa.

—Me gusta el rosa.

—Te queda enorme.

Me aparté.

—Pues a mí me gusta cómo me queda.

—Podrías ahogarte en él, nena. —Katherine agarró la parte trasera de mi abrigo—. ¿Ves? —dijo—. Tú pesas cinco kilos menos.

Me quedé mirando a aquella desconocida rubia de bote de Atlanta.

—Gracias, Katherine —respondí, no muy segura de lo que quería decir.

Katherine se encogió de hombros y soltó el abrigo.
–Llámame Kitty –respondió ella.

Cuando los padres y los novios terminaron de despedirse, dejando a las sesenta y ocho nuevas estudiantes de la Escuela de Enfermería de St. Luke's en el segundo piso, los pasillos se quedaron en silencio.

Antes de cenar, todas se reunieron enfrente de la puerta de madera de la sala de estar, al final del pasillo. A las cinco en punto exactas, la señora Margaret Hayes, la jefa de planta, atravesó el pasillo y abrió la puerta con una llave que llevaba colgada al cuello.

La señora Hayes, una mujer alta y delgada con el pelo gris y ondulado peinado con estilo, encendió las luces del techo y sonrió mientras pasábamos por delante de ella. Llevaba un elegante vestido azul y un cinturón rojo a juego con su collar de cerezas. Un toque atrevido que no le quedaba nada bien.

–Es como si llevara el vestido de otra persona –susurró Kitty mientras pasábamos por su lado.

Era una habitación preciosa con un montón de ventanas y un reloj de péndulo gigantesco. Todo el mobiliario tenía un toque femenino: los sofás y las sillas contaban con patas estrechas y delicadas y todo estaba tapizado con una lana azul del color de los huevos de petirrojo. «A mamá le encantaría», pensé. Era todo precioso.

No como en la granja.

En la esquina de la sala, había una mesa de té y un aparador sobre el que reposaba un juego de té reservado para ocasiones especiales.

Me senté en el borde del sofá.

–No te molesta, ¿no? –preguntó Kitty, sentándose en el extremo opuesto antes de que me diera tiempo a responderle.

–Me da igual.

Había algo en aquella chica que me hacía ser cortante. Y yo nunca era cortante.

De repente, la sala se enmudeció tan rápido que se me hizo raro y me volví para ver qué ocurría. Era la chica negra de gafas con la que me había tropezado antes, en el pasillo. Acababa de entrar en la sala. Pasó por delante de varios sitios libres, pero las chicas

iban apoyando su bolso y apartaban sus miradas, impidiéndole que se sentase a su lado.

Kitty se levantó.

–Aquí. Te he reservado un sitio –le indicó a la chica, que se colocó las gafas sobre la nariz y se acercó para sentarse en el sofá entre nosotras dos.

–Gracias –dijo la chica–. Me llamo Jenny Hopkins.

–Kitty Simon.

–Yo soy BettyKay Allen.

–Puedes llamarla Betts –añadió Kitty y yo traté de que no me molestara su familiaridad.

Jenny me dirigió una sonrisa. A nuestro alrededor, las otras chicas murmuraban entre ellas.

–¿De dónde eres? –preguntó Kitty.

–De Grand Rapids –respondió Jenny, y después las dos se pusieron a hablar sobre lo que más iban a echar de menos de sus ciudades.

Yo no tenía nada que añadir. Había vivido toda mi vida en Wolff Road, que se encontraba a veinte minutos en coche de la ciudad más cercana. Aunque la mayoría de las chicas con las que había hablado aquel día también venían de ciudades pequeñas de Iowa, como yo, lo cual me consolaba bastante. La chica que estaba sentada en la silla más cercana a mí dejó escapar un sonido parecido a un sollozo y yo me volví hacia ella y la encontré con los ojos rojos y mordiéndose las uñas.

–Hola. –Le tendí la mano. Era el truco que me había dado Todd para evitar que me pusiera nerviosa: presentarme a todas las personas con las que tuviera oportunidad de hablar. El resto se haría solo. Me dijo que el primer paso era siempre el más difícil, pero, una vez lo dabas, ya estaba. Pero eso era para Todd, que se llevaba bien con todo el mundo y casi nunca tenía que conocer a gente nueva–. Soy BettyKay. BettyKay Allen.

–Gwen. –Respiró hondo. Tenía las pestañas llenas de lágrimas–. Creo que me he equivocado. Me entusiasmaba la idea de ir a la Escuela de Enfermería, pero ahora siento que echo de menos a mi familia. A mi gato.

–Supongo que es normal sentir nostalgia –respondí aunque yo no la sintiera en absoluto.

–Nunca había estado fuera de casa.

–Yo tampoco.

–¿Y no estás asustada?

–Lo estaba esta mañana –confesé–. Pero ya no.

La chica se quedó inmóvil por un momento. Luego se derrumbó.

–¡Echo muchísimo de menos a mi gato!

–Ay, no, no, no. Es... –Traté de hacer que dejase de llorar, pero Gwen se puso en pie y corrió a los baños.

–Vaya, has sido un gran consuelo para la pobre Gwen –ironizó Kitty, mirándose las uñas.

–Su habitación está enfrente de la mía –señaló Jenny, enarcando una ceja, como haciendo ver que no tenía tiempo para esa clase de tonterías–. Lleva llorando desde que ha llegado aquí.

–Veo que tú tampoco estás muy asustada –le dije.

–Estoy aquí por el Cuerpo de Capacitación de Oficiales de Reserva del Ejército. Esta es la parte más fácil de todas.

Me quedé boquiabierta, sin poder contener mi cara de estupefacción. Incluso Kitty se inclinó hacia delante, como queriendo saber más.

–¿Estás en el Cuerpo de Enfermeras del Ejército?

–Sí.

Kitty silbó.

–¿Y no tienes miedo de que puedan mandarte a Vietnam? –le pregunté–. Mi padre dice que están enviando a muchos chicos allí. Y adonde van los chicos, van también las enfermeras.

Jenny me miró con un gesto serio.

–Es el motivo por el que me alisté.

Por segunda vez en aquel día, me volví a quedar sin palabras.

–Qué valiente –dijo Kitty.

Lo más valiente que había hecho yo en mi vida había sido subirme al autobús de las seis aquella mañana.

–Si no me hubiera alistado, habrían enviado a mi hermano –dijo Jenny–. No envían a dos hermanos a una zona de guerra. Es una regla.

—¿Irás tú en su lugar?

—Las enfermeras tenemos más posibilidades de sobrevivir que los soldados. Por lo que veo, vosotras no tenéis hermanos, ¿no? Negué con la cabeza.

—Yo tengo un hermano —comentó Kitty—. Pero no iría a la guerra para protegerle.

—Bueno, yo sí —respondió Jenny, alisándose el dobladillo de su falda—. Haría lo que fuera para proteger al mío.

—¿Eres la chica que entró a la facultad de Medicina y rechazó su plaza? —quiso saber Kitty.

No había escuchado aquel cotilleo. Y era curioso que Kitty estuviera al tanto, dado que se pasaba la mayor parte del día en la cama leyendo aquellas revistas sobre cine. Solo se había levantado una vez para cambiar de disco mientras yo estaba haciendo el esfuerzo de conocer a algunas chicas que dormirían en habitaciones cercanas a la nuestra.

—Nunca me dejarían ejercer como médico —explicó Jenny—. Pueden enviar a nuestros chicos a combatir contra los comunistas, pero las chicas negras no podemos ir a curarlos. No como doctoras. Así que iré como enfermera.

—Lo lamento mucho —dijo Kitty.

Jenny sonrió.

—Gracias. Ojalá mi familia pensara igual que tú.

—¿No aprueban lo que haces? —pregunté y Jenny negó con la cabeza.

—¿Renunciar a la carrera de Medicina para ir a Vietnam? ¿Una mujer? No, claro que no lo aprueban. Creo que a mi madre le alivia que mantenga a mi hermano alejado del frente, pero mi padre está muy disgustado. Tiene muy claras sus ideas sobre lo que las mujeres deben o no deben hacer, y yo las estoy incumpliendo todas.

—Señoritas —comenzó a hablar la señora Hayes. Y, como vio que todavía no había silencio en la sala, tosió con fuerza y sonrió—. Buenas noches a todas. Espero que ya estén todas instaladas.

Se escuchó un pequeño coro diciendo:

—Sí, señora.

—Me llamo Margaret Hayes. Pueden llamarme señora Hayes.

Mi habitación es la primera al final de las escaleras y mi puerta siempre está abierta, por si tienen algún problema en la escuela, con las compañeras de habitación, con otras estudiantes, con los médicos...

–¡Uy, los médicos que me hagan lo que quieran! –gritó una chica al fondo de la sala, provocando un estallido de carcajadas.

Pero la mirada afilada de la señora Hayes cortó de raíz todas las carcajadas.

–Aquí hay unas normas. Están muy claras y bien definidas. Sobre el trato especial que las estudiantes de Enfermería no deben tener con los médicos. Y, aun así, todos los años hay casos de alguna estudiante que infringe estas normas. Pues bien, señoritas: que sepan que todo acercamiento indebido a un médico tendrá unas consecuencias. Y las pagarán ustedes. Con la expulsión de la escuela. Con su carrera y sus sueños arruinados. El médico pasará página y ya encontrará otras estudiantes de Enfermería que le hagan caso. Seguirá a lo suyo, como si nada, y ustedes volverán a su casa.

Kitty, que estaba a mi lado, se estremeció.

–Hay miles de chicos en este campus. Chicos de vuestra edad. Coqueteen con ellos. –La señora Hayes nos estaba dando aquella advertencia como si algún día fuera a salvarnos la vida. Incluso me pregunté si debía tomar notas–. O mejor aún: no coqueteen con nadie. Céntrense en sus estudios, aprovechen estos tres breves años que pasarán lejos de su casa antes de que deban empezar a construir la suya propia; verán todo lo que pueden hacer–. Esbozó una sonrisa fugaz y, por un momento, más allá de su postura y gestos severos, vi que tenía esperanza. Por nosotras, las estudiantes de Enfermería. Nos estaba apoyando de verdad. Más que cualquier persona que hubiera conocido antes en mi vida–. Verán de lo que son capaces.

–Pero mírate, por Dios –susurró Kitty, mirándome por el rabillo del ojo–. Si te lo has tragado todo.

–Todavía no son enfermeras –prosiguió la señora Hayes–. Aunque a mí me gusta referirme a las estudiantes de primer año como las «chicas del sol»: tienen un gran potencial y su trabajo es aprender a brillar con la máxima luz posible.

Kitty puso los ojos en blanco.

La señora Hayes nos pasó los horarios de las clases y una hoja con los nombres de todas junto al número de nuestras habitaciones para que tuviéramos la oportunidad de conocernos.

—Esta lista está llena de Susans —observó Kitty—. Hay cinco. Menudo récord. Creo que deberíamos llamarlas Susan 1, Susan...

—¿Quieres parar? —la amonesté.

—¡Parad las dos! —susurró Jenny, lanzándonos una mirada molesta.

—Señoritas —intervino la señora Hayes—. ¿Ocurre algo?

—No, señora —respondí y me alejé de mi compañera de habitación, avergonzada por mi arrebató.

La señora Hayes comenzó a enumerar algunas normas. Para el uso del teléfono teníamos una extensa hoja de inscripciones. Nos comentó que aquella sala estaba reservada para ocasiones especiales, aunque no especificó cuáles (el juego de té parecía estar solo de decoración). En cuanto a los horarios de visita, estaban previstos de cinco a seis por semana, justo antes de la cena, y las tardes de los sábados y los domingos.

—Queda terminantemente prohibido meter a chicos en sus dormitorios. Me da igual si es su hermano, su primo o su padre. Nada de chicos. Nunca. Sin excepción. Por cierto, estos dormitorios son para enfermeras solteras. Si alguna está casada, no puede vivir aquí. Y si alguna de ustedes se encuentra en una situación delicada... —dijo, mirándonos a todas por encima de las gafas para que todas supiéramos a lo que se estaba refiriendo— se le pedirá que abandone la escuela. ¿Me he explicado bien?

—Veo que la emancipación de la mujer aún no ha llegado a St. Luke's —murmuró Kitty.

Jenny profirió un sonido de aprobación.

De repente, noté que el anillo que llevaba en la cadena alrededor del cuello estaba bastante caliente y tuve que resistir el impulso de llevarme una mano al pecho. Como la cadena era bastante larga, me escondí el anillo por debajo de la blusa.

Había normas para las duchas, toque de queda, estaba prohibido hacer ruido y fumar. En esencia, era como si solo me hubiera

mudado de un ambiente estricto a otro. La diferencia era que St. Luke's podría tener todas las normas del mundo, pero nunca sería tan malo como estar en la vieja granja de Wolff Road.

Allí había luz. Y entusiasmo. Y esperanza y posibilidad de aprendizaje. Allí era otra persona. Acababa de llegar y ya podía sentirlo. «Una chica del sol».

Después de aquella charla de orientación, la señora Hayes cerró con llave la sala de estar y el grupo se dividió en dos. La mitad se apresuró hacia el teléfono y la otra bajó a la cafetería.

La luna grande de septiembre brillaba a través de los amplios ventanales de los pasillos y sobre la hierba verde de la extensa pradera que separaba la Escuela de Enfermería de St. Luke's y el edificio principal de la Universidad de Greensboro.

Kitty se me acercó con tanto silencio y sigilo que me sobresalté.

–Parece que estamos juntas en Anatomía. Quería preguntarte si podría usar tus apuntes.

–Ni siquiera hemos empezado.

–Lo sé. Pero sé cuáles son mis puntos fuertes y tomar apuntes no es uno de ellos.

–¿En serio eres de Atlanta? –Parecía tan de pueblo como yo.

–Casi.

–Katherine...

–Kitty.

–Muy bien, Kitty. –Me detuve en mitad del pasillo, mientras el mar de gente pasaba de largo hacia la cafetería–. Yo no hago trampas.

–Compartir tus apuntes no es hacer trampas. Solo es...

–No –dije, negando con la cabeza para enfatizar mi respuesta. Para mí, aquello era casi como hacer trampas–. Ni en sueños.

Kitty se encogió de hombros y siguió caminando entre las demás chicas.

En la cocina había grupos de estudiantes de segundo y de tercer año bebiendo café mientras nosotras, las de primero, hacíamos cola para cenar.

–¿Química? –Una chica pelirroja muy guapa que estaba a la cola detrás de mí estaba examinando su horario de clases–. Mi madre decía que nunca la iba a necesitar para nada.

–¿No querías estudiar Enfermería? –le pregunté.

–No. ¡Lo que quería era casarme con Tommy Taylor!

Jenny, que estaba delante de mí, cogió un plato y me lo pasó.

Para cenar había una hamburguesa de solomillo de cerdo, un cuenco de ensalada de judías y una raja de sandía.

La taberna Shakey, que se encontraba más o menos a medio camino de la escuela y de la granja de mis padres, era famosa por su solomillo de cerdo, que promocionaban bajo el eslogan: «Tan grande como tu cabeza». Su típica hamburguesa de solomillo, cortado en trozos finos y crujientes, era mi comida favorita. Todd y yo íbamos allí después de los bailes del instituto y mis padres me habían llevado algunas veces por mi cumpleaños. Y también fui yo sola el día en que me llegó la carta de admisión para estudiar en la Escuela de Enfermería de St. Luke's.

–¿Betts? –me preguntó Jenny.

–No tengo mucha hambre –le respondí.

Y después me di la vuelta y me fui.